CAPITULO XXXIII

¡VIVA MINA!

Tanto Mina como sus tropas fueron ampliamente obsequiados con buena cena y con buenas bebidas en la hacienda del Jaral, por el buen capellan que era muy entendido para dar el punto á los vinos catalanes y portugueses. Despues de la sobremesa, que fué larga y entretenida, el general mismo anduvo apostando las patrullas y centinelas, recogiéndose todos los que no tenian asignado servicio en buena paz y compañía.

Moreno dormia en la misma alcoba que ocupaba Mina, y como este tuviera un sueño inquieto, aquel le dijo cuando empezaba á asomar por las rendijas de las puertas los primeros albores de la mañana:

—¿Duerme su excelencia?

—No, mi querido compañero D. Pedro, le contestó Mina, estoy esperando con ansia que amanezca para poner en obra mi plan.

—¿Y qué otro plan puede haber una vez que el marqués se ha ido dejándonos solamente algunos cañones y algunos pertrechos?

—El plan es el que su señoria va á ver en seguida.

Como Mina nunca se desnudaba del todo cuando estaba en campaña, pues lo más que hacia era quitarse las botas cuando no estaba en punto en que pudiera temer una sorpresa, y en esta vez era cuando más inminente veia el peligro, de un salto se puso en pié, se encasquetó su gorra militar y dijo á Moreno:

—Estoy listo.

—Yo tambien, contestó Moreno.

—En tal caso hable usted á Ortiz solamente, que es el que conoce la localidad, y yo llevaré por mi parte dos ayudantes. No necesitamos más gente.

Mientras Moreno fué á cumplir las órdenes, abrió las ventanas para que entrara el fresco y la poca luz que se reflejaba en el oriente, ocupándose luego en dar vueltas por la habitacion.

Cuando estuvieron presentes las personas que habia llamado, les dijo:

—Señor coronel Ortiz, guíeme usted á la cocina.

—¿A la cocina, mi general? preguntó el *Pachon* con extrañeza.

Todos se pusieron á mirar á Mina como sorprendidos.

—Vamos allí y despues podrán decirme si tenemos ó no por aquel lugar algun negocio.

Como todos tenian fé en el general, no opusieron mas objeciones y se encaminaron los cinco á la cocina, provistos de unas barretas que aquel habia tenido cuidado de llevar consigo sin que nadie lo observara. A cada uno le dió la suya.

—Una vez en el sitio que deseaba, comenzó á orientarse y señalando una pieza vecina cuya entrada estaba obstruida con tercios, exclamó:

—Aquí debe ser.

El mismo ayudó á quitar los estorbos y luego con una hacha encendida buscó y se encontró en un rincon cubierto con semillas un tramo en que los ladrillos estaban frescos y como recientemente colocados.

—Vamos, señores, dijo á sus compañeros, pongan sus luces donde puedan y ayúdenme en este pequeño trabajo de zapa.

—¿Qué vamos á hacer? preguntó Moreno.

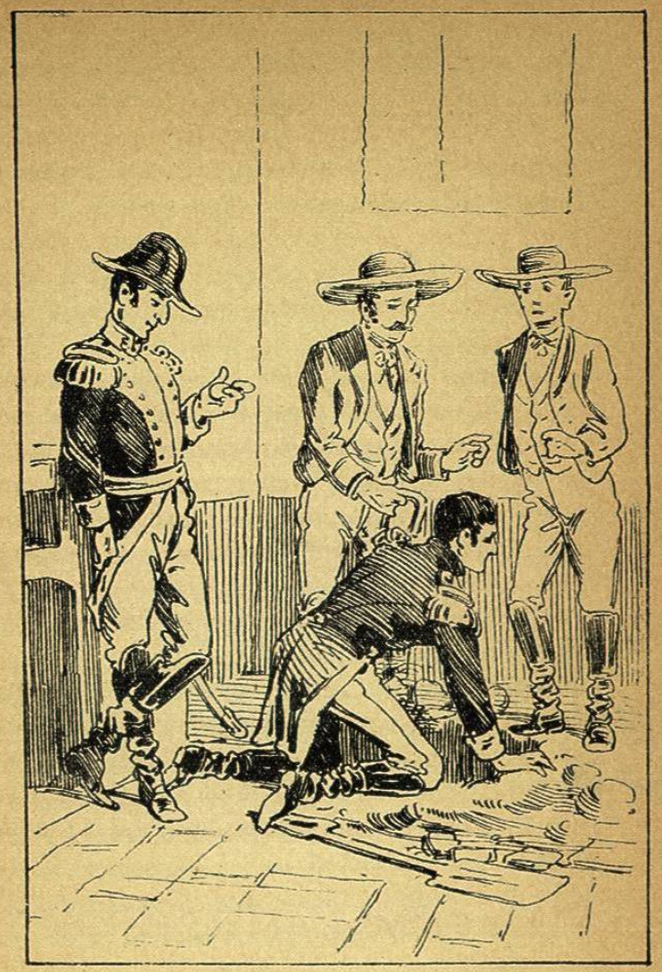
—Una escavacion, le contestó Mina.

Se vieron unos á otros con aire de incredulidad, pero procedieron al trabajo. Apenas habian ahondado una vara cuando una de las barretas hizo saltar varios pesos de una talega de lona que se hizo pedazos. La sorpresa que manifestaron todos fué indefinible.

—¡Dinero enterrado! exclamó Moreno examinando uno de los pesos.

—Y son de buen cuño, agregó Ortiz, de Guanajuato.

—Ahora que ya sabemos que aquí está el tesoro, dijo Mina, que vaya uno de mis ayudantes á traer una guardia, que se pongan dos centinelas con órden



—¡Dinero enterrado! exclamó Moreno, examinando uno de los pesos.—

de no dejar aproximar á nadie. Despues de eso para no llamar la atencion, que se quede Ortiz con cuatro hombres de su confianza terminando la operacion, mientras vamos á desayunarnos y á presentarnos delante de la servidumbre y de los soldados como si nada hubiera sucedido.

Para la tarde de ese dia ya estaban entalegados 140,000 pesos y dispuestas para cargarse un buen número de barras de plata.

El marqués informó en su tiempo al virey que le habian llevado 306,400 pesos; pero probablemente quiso aumentar en mas del doble la pérdida como sucede en tales casos, pues ni entre tres personas que jueguen á la baraja se acostumbra decir la verdad sobre lo que pierde cada uno.

Alaman dice que 33,000 pesos fueron robados por la escolta en el viaje: bien puede ser, aunque la dificultad no hubiera consistido para los soldados en el robo, sino en la manera de ocultarlo, pues que treinta y tres talegas de á mil pesos y más las barras de plata, que tambien dice que se robaron, hacen bastante bulto.

Maravillados quedaron Moreno y Ortiz de aquel golpe dado tan audazmente por Mina, que ellos habian estado muy léjos de soñar, y no pudieron menos que rendirse en todo á su superioridad.

Mina, al preparar al dia siguiente su marcha para regresar con la carga al fuerte del Sombrero, mandó llamar al capellan.

—Siento mucho, le dijo, no haber tenido el gusto

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

de ver al marqués, pues que esto me hubiera servido para pedirle de grado y con buena voluntad, lo que me llevo casi por la fuerza; pero usted se lo manifestará, advirtiéndole que si desea un recibo en mejor forma que el que le dejo ó celebrar conmigo algunos arreglos, no tendré ningun inconveniente en volver solo á con una pequeña escolta, fiado solo en su palabra de que respetará mi persona.

—Creo que el marqués, contestó el capellan, no tendrá el menor gusto en volver á ver á su excelencia en su propiedad.

—Duro es ese lenguage, señor capellan.

—Expreso solo lo que ha de expresar el marqués, conociendo como conozco su carácter.

—Ese carácter tan fuerte ó tan rudo, como usted quiera llamarle, no le impedirá ser reembolsado alguna vez de las sumas que hoy nos llevamos con la esperanza de poder devolverlas.

—De seguro que el señor marqués no contará para nada con ellas en lo sucesivo. La guerra es la guerra, agregó prontamente, observando que Mina estaba pronto á sulfurarse, y todos tenemos que sujetarnos á sus consecuencias.

—En fin, yo cumplo con expresar por el conducto de usted al señor marqués mis mejores deseos, que son los de tratar siempre con el mayor respeto su persona y de procurar devolverle su dinero si la suerte me es propicia.

El capellan prescindió de manifestar la respuesta que le venia á los labios, de que el marqués siempre prefiriria dejar perdido el dinero si habia de devolvérsele cumplidas que fueran aquellas condiciones, y se contentó con decir:

—Yo trasmitiré al señor marqués todas estas buenas manifestaciones de vuestra excelencia.

Y como ya las tropas estaban listas, Mina dió un apreton de manos al capellan, montó á caballo y se puso al frente de la columna, seguido de su Estado Mayor.

Tanto Moreno como Ortiz, hicieron el camino al lado de su nuevo gefe, á quien no podian menos que ver como su superior, tanto por su varonil denuedo, como por el alcance que notaban en todas sus determinaciones, viéndole naturalmente dotado de las cualidades que se necesitan para saber ejercer el mando, y no se cansaban de encomiar aquel hecho casi heroico que les aseguraba para mucho tiempo los recursos que se necesitaban con el fin de reanimar el fuego casi extinguido de la revolucion.

En un rancho inmediato ya al fuerte del Sombrero y sin que en todo lo largo del camino que habian recorrido les aconteciera el menor suceso digno de referirse, se encontraron á D. Miguel Borja, que era uno de los pocos gefes de importancia que quedaban en el Bajío acompañado de una pequeña escolta. Estaba allí situado por encargo de una comision de la junta de Jaujilla que habia llegado al fuerte para saludar á Mina en nombre del gobierno y él habia recibido el encargo de esperarlo, de anunciáreselo y ofrecerle una modesta colacion de que probablemente tenia necesidad despues de la jornada que acababa de rendir.

—Muy reconocido, Sr. Borja, me siento con esta benévola atencion de la Junta de gobierno establecida en Jaujilla, le contestó el general español, y con gusto aprovecharia algunas horas de la noche, si no fuera porque temo llegar bastante tarde y causar alguna molestia á esos señores.

—Ellos esperan á vuestra excelencia hasta mañana, segun las noticias que les he mandado esta tarde; y ademas yo no consentiria que vuestra excelencia prosiguiera su camino sin tomar el debido descanso.

—Pero en cambio podremos aprovechar la salida de la aurora para ponernos en marcha.

—Así lo espero, excelentísimo señor general, le contestó Borja lleno de regocijo por el honor que le dispensaba de aceptar su hospitalidad.

El rancho era muy pobre, pero el comandante Borja habia mandado encargar de la villa de Leon lo mas preciso para que se pudiera pasar una noche lo mejor que fuera posible en tan reducido alojamiento y despues de acampada y socorrida que fué la tropa hasta donde fué posible, los gefes entraron á la galeria principal que habia sido aderezada un poco para este caso, en donde se encontraron una mesa formada rústicamente cubierta en lugar de mantel con hojas verdes de los arbustos inmediatos y con algunas flores de la campiña. Sobre ella habia algunos tarros de distintos vinos, algunas carnes conservadas, pan fresco y varias legumbres guisadas, con lo cual se confortaron agradablemente, dando las gracias muy repetidas á Borja por haberles proporcionado una cena

que en aquel lugar no podia menos que ser considerada como régia.

De la misma manera se proporcionó á Mina un lecho blando en el que sabiendo que estaba bien cuidado pasó la noche con tranquilidad.

El mismo afectuoso recibimiento tuvo Mina á la mañana siguiente en el fuerte, en donde fué saludado con una salva de artilleria, llegando en seguida los comisionados de la Junta de Jaujilla para darle en nombre de esta la más cordial bienvenida.

Formábase la comision del teniente general presbítero Torres que se habia distinguido ya como guerrillero atrevido, pero que no poseia ninguna instruccion militar ni la menor nocion de la disciplina, del Dr. San Martin que no era mas que un patriota y del Lic. Cumplido que disfrutaba fama de inteligente. Este fué el que llevó la palabra en nombre de la Junta, la cual se consideraba agradecida á Mina por el gran impulso que con sus proezas estaba dando á la revolucion.

Mina contestó que era á su pequeño ejército á quien debia la principal gloria en lo poco que hasta entonces se habia hecho, pero que esperaba que en lo de adelante con la proteccion de la Junta de gobierno, que era con la que más deseaba ponerse en contacto, se proseguiria la obra del establecimiento de la libertad hasta que se viera consumada la independencia, supuesto que no faltaban ni el patriotismo ni el valor entre los mexicanos, sino saberlos conducir como el cura Hidalgo, como Morelos y como tan-

tos otros héroes que se habian sacrificado por tan santa causa aunque con éxito final desgraciado, sucumbiendo siempre ante la superioridad del enemigo, que contínuamente habia contado con mayores elementos. En la actualidad, les dijo, tenemos dinero, tenemos armas, tenemos ya el hábito de combatir, conocemos la táctica de los ejércitos del gobierno, de suerte que nos es dado esperar que obtengamos más felices resultados, si todos estamos dispuestos á ser abnegados y á posponer cualquiera clase de miras personales ante los intereses de la patria y ante nuestra enseña única que es la de la libertad.

Todos aplaudieron las palabras de Mina, y solo el padre Torres hizo algunos guiños con los ojos á su compañero el Dr. San Martin en los pasajes referentes al desinterés y al patriotismo.

Despues del desayuno que fué sasonado con la relacion que hizo Mina de todas sus aventuras, el Lic. Cumplido manifestó la conveniencia de hablar de las operaciones militares y de la organizacion de la campaña, sobre todo lo cual la comision venia ampliamente facultada por la Junta.

De esto tenemos que hacer una sinópsis porque tuvo cierta formalidad y cierta importancia. Concurrieron á la sesion presidida por Cumplido los principales gefes y se emitieron las opiniones en la forma siguiente:

—Lo primero de que debemos de tratar, dijo Cumplido, es de nombrar y reconocer un gefe superior de las armas.

—Pero sin el nombre de generalísimo que ha sido siempre de mal agüero, exclamó el Dr. San Martin.

—Yo soy teniente general, dijo el P. Torres, que es ahora el grado superior en el Ejército independiente, cuyo despacho me ha sido otorgado por la Junta de gobierno de Jaujilla, que es la única reconocida en toda la extension de nuestro territorio.

—Ahora de lo que se trata, interrumpió el Presidente, es de que demos una nueva organizacion á todos nuestros elementos para que podamos combatir con algun éxito á nuestros enemigos que se aprovechan de la falta de unidad en nuestras operaciones.

—Es muy cierto eso, dijo por su parte el honrado Moreno, que estaba temiendo mucho que á causa de las ambiciones y discolerias del padre Torres se fuera á cometer un desaire á Mina, lo que nos ha faltado constantemente es un gefe que se haga obedecer de todos y que pueda dar organizacion militar á todos nuestros reclutas. Esto es, lo que reconozco que nos ha faltado principalmente es un militar de conocimientos y en esa virtud no tenemos dificultad en proponer como general en gefe de todas nuestras tropas al general Mina.

Sin necesidad de que hubiera mas discusion sobre este punto, todos los de la junta dieron muestras de asentimiento, los unos en alta voz como Ortiz y Borja, y otros como Cumplido y San Martin moviendo varias veces la cabeza en sentido afirmativo.

—En caso de ser ratificado en toda forma el nombramiento que acaba de proponer mi compañero el Sr.

Moreno, dijo Mina, yo desde luego protesto á sus señorías que no me moverá á aceptarlo ninguna mira ambiciosa y que procuraré corresponder con honradez y con lealtad á semejante muestra de confianza.

—Yo digo esto, exclamó entonces el padre Torres, que siendo teniente general y comandante militar de las provincias de Guanajuato, Valladolid y Nueva Galicia, á mí me corresponderia de derecho este mando de todas las tropas, y tambien lo seguiria desempeñando, como lo he desempeñado hasta ahora, con el mayor desinterés y dispuesto á hacer por mi patria cualquier socrificio; pero con gusto cedo todos mis derechos al Sr. Mina, principalmente por los méritos que ha contraido, por su campaña gloriosa y por sus conocimientos militares que son superiores á los de todos nosotros. Sin embargo, me atrevo á hacer una observacion por el peso que pudiera tener en el ánimo de sus señorías: el Sr. Mina es español, nosotros hacemos la guerra á los españoles, los que han derramado la sangre mexicana, son tambien gefes españoles, de manera que seria muy posible que por los subalternos y soldados no fuera visto con buenos ojos, principalmente si las calumnias lograban hacer nacer entre ellos alguna desconfianza.

—La adhesion del general Mina á nuestra causa está suficientemente probada para que haya quien ose dudar de ella, contestó Cumplido, y como no es rigurosamente exacto que la guerra que sostenemos sea contra la nacion española sino contra su gobierno y autoridades, principalmente contra estas que tantos

abusos han cometido en daño de los americanos, resulta que muchas veces hay españoles en nuestras filas, lo mismo que hay americanos como Iturbide y tantos otros que nos combaten á fuego y sangre, de modo que no creo que la nacionalidad del Sr. Mina sea un obstáculo que le impida ser el gefe de nuestras armas.

Y como todos se hubieran manifestado mas ó menos airados contra el discurso que habia dicho el padre Torres, este se apresuró á rectificarlo diciendo:

—Yo realmente he sometido al criterio de vuestras señorías una observacion que consideraba digna de ser meditada antes de afirmar un paso de tanta trascendencia como el que vamos á dar; pero desde luego digo por mi parte que pongo á las órdenes del señor general Mina los seis mil hombres que están bajo mi mando, siendo yo el primero en someterme á la más rígida disciplina que quiera establecer.

—¿Su excelencia tiene seis mil hombres? preguntó Mina asombrado, sin hacer mérito de las demas partes del discurso.

—Seis mil hombres lo menos, si no son más, afirmó Torres.

—Pues con ese número de hombres, con tal que estén bien armados y organizados en regimientos, yo me comprometo á marchar directamente hasta la capital.

¡Tal era la fé que tenia Mina en su genio, en su táctica militar y en el valor que sabia infundir á los que le rodeaban! Y esta de seguro que no habria sido fanfarronada suya, si hubiera podido contar en efec-

tivo siquiera con tres mil hombres tan valientes como los que le habian acompañado en su travesia desde Soto la Marina.

Una vez aprobado el nombramiento de Mina como general en gefe por unanimidad, se procedió á discutir un plan de operaciones que quedó convenido conforme á este resúmen que hizo Mina:

—Por ahora debemos limitarnos á sostener nuestrds fuertes para lo cual será necesario mejorarlos en todo lo que sea posible, aprovechando los pocos dias que se nos deje de descanso en disciplinar y aumentar nuestras tropas, procurando reconcentrarlas en los puntos en que puedan estar mas á salvo de los ataques del enemigo. Es preciso considerar que á estas horas el gobierno debe haber destacado numerosas tropas sobre nosotros, principalmente si no tiene por otros rumbos otras cosas á que atender; pero eso importa poco si cuando ataquen á un fuerte están listos los demas, así como las guerrillas volantes á proteger el fuerte atacado. En todo caso yo recomiendo á ustedes la rapidez en las marchas y la cxacta obediencia á las disposiciones del Cuartel General. Siempre que cuente con oficiales dignos y tropas subordinadas, yo respondo de la situacion.

Al disolverse la junta todos abrazaron á Mina felicitándole por su nombramiento, mandando que se hiciera una salva en el fuerte para solemnizarlo.

Toda la guarnicion, al saber el resultado de la deliberacion, prorumpió en aclamaciones atronadoras, no oyéndose salir de todas las bocas mas que este grito uniforme: ¡viva el general Mina!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CAPITULO XXXIV

CONTRASTE

El resto del dia se pasó en regocijos en el fuerte del Sombrero, cuya descripcion de cómo se hallaba entonces se nos ha trasmitido por los mismos que estuuvieron allí, de esta manera:

El fuerte del Sombrero, llamado así por su configuracion, se encontraba en el cerro de Comanja, 18 leguas al NE. de Guanajuato, 5 al SE. de Lagos y 6 al N. de Leon, teniendo una elevacion de mil piés sobre la llanura y una extension de quinientos. Al N. estaba defendido por un precipicio, habiendo sin embargo un estrecho sendero que comunicaba con una serie de colinas. Al E. lo defendia un profundo barranco y al S. el mismo declive muy rápido de la montaña. La vereda principal estaba obstruida por un muro de mala construccion. Aunque habia algu-